ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

ADMABHODA

(DEL CONOCIMIENTO DEL ESPÍRITU)

ADVERTENCIA.—El presente tratado fué escrito por el sabio Sankara Acharya—Sankaracharya como escribimos con más frecuencia para exponer de una manera más compendiada y asequible á la inteligencia de las gentes menos instruídas las conclusiones del sistema vedanta.

De este magnífico resumen hay muchísimas versiones en lenguas europeas. Falta sólo por publicar una versión española, y emprendemos ahora este trabajo, realizando así el deseo de uno de los más apasionados orientalistas, el casi español Carlos Ochoa, que legó á la Biblioteca Nacional de París uno de los mejores manuscritos de este tratado con inestimables comentarios en caracteres davanagiris.—R U.

INVOCACIÓN

¡Yo invoco á *Sambhu* (1), de quien la diosa *Umâ* (2) es la luna, que mira el brillante loto á los pies del dios honrado por cientos de sacrificios (3), á Aquél cuya forma es inaccesible para la misma inteligencia por cien caminos!

---

(1) *Samba*, nombre de *Siva*.—Acumulador (R. U.)

(2) *Umâ*, por otro nombre *Durga*, la esposa de *Siva*.—La quietud, la tranquilidad, la noche. (R. U.)

(3) Un modo de designar á *Inara*. (R. U.)

I

Este libro del conocimiento del Espíritu se ha compuesto para aquéllos que han borrado sus pecados por medio de la penitencia, que han alcanzado la tranquilidad perfecta, que han destruído sus pasiones y que aspiran á la libertad final.

II

De todos los medios no hay más que uno sólo, el conocimiento, que sea eficaz para obtener la liberación. Así como sin fuego no hay cocción, sin ciencia no se llega á la liberación final.

III

No pudiendo oponer nada, la acción no sabría rechazar la ignorancia; pero la ciencia disipa la ignorancia (1), como la luz disipa el espesor de la tiniebla.

IV

Impidiendo la ignorancia, de algún modo, se adquiere la independencia cuando se la destruye, y el Espíritu resplandece como el Sol en el momento de la desaparición de las nubes.

V

Así que el alma, trastornada por la ignorancia, se ha purificado por el ejercicio de la ciencia, la ciencia misma desaparece como el grano de kataka que ha purificado el agua (2).

VI

Semejante á la imagen de un sueño, el mundo está constantemente trastornado por el amor, por el odio y por las demás pasiones. Mientras es así se manifiesta como real; pero al despertarnos pasa á la no realidad.

VII

El mundo parece real, como la escama de los pescados pa-

(1) Los vedantinos dicen *adjñana*, no ciencia, aquí se dice *avidya*, ignorancia. La mejor traducción sería inocencia, en su sentido etimológico, como la señalada en la caída del hombre. Entre los budhistas es así la duodécima causa del mal. (R. U.)

(2) *Kataka. (Strychnos potatorum de L.)* Las semillas del fruto de este arbusto se utilizan para purificar el agua y se deshacen en ella como la sal ó el azúcar. (R. U.)

rece plata. Así, durante mucho tiempo no es conocido Brahma, que está por encima de todo.

VIII

Todas las variedades de los séres están comprendidas en el Sér verdadero é inteligente, refiriéndose á Él, eterno y Todo-penetrante (1), como todas las preseas son de oro.

IX

Como el aire, el director de los órganos de los sentidos es susceptible de diversos atributos, y aparece distinto en razón de sus distinciones; pero cuando esos atributos se destruyen, vuelve á ser verdaderamente uno.

X

En virtud de esos diversos atributos, diferentes especies, nombres y estados se refieren al Espíritu. De la misma manera diferentes colores y gustos se atribuyen al agua.

XI

El cuerpo formado por la reunión de los elementos en número de cinco, producido por efecto de la acción, es el lugar llamado de la percepción de los placeres y de las penas.

XII

El cuerpo sutil, que no ha salido de los cinco elementos groseros, pero que es uno de los cinco soplos *(pranas)* de vida con la mente *(manas)*, con la inteligencia *(buddhi)* y los diez órganos, siendo el instrumento de la percepción sensible.

XIII

La ignorancia sin comienzo indefinible se llama Atributo Causal. ¡Pero cuánto difiere esencialmente de esa triplicidad de atributos que se reconoce por el Espíritu!

XIV

En la acción con las cinco envolturas *(koshas)*, el puro espíritu *(suddhâtmâ)* subsiste como si hubiera asumido la naturale-

---

(1) *Vishnú.*—El penetrante; atributo de Brahma. (R. U.)

za del uno y del otro, absolutamente lo mismo que el cristal refleja el color azul ó el de las diversas cosas que se le acercan (1).

XV

Por el trabajo de la especulación se llega á separar al Espíritu Supremo, puro, de las envolturas á las cuales está unido, tanto de la del cuerpo como de las otras, lo mismo que se separa el grano de arroz de su cascarilla.

XVI

El Espíritu *(atmân)*, aunque penetra continuamente en todas las cosas, no se manifiesta en todos los lugares; se manifiesta en la inteligencia como la reflexión de una imagen sobre una superficie.

XVII

El Espíritu debe distinguirse del cuerpo, de los órganos de los sentidos, del sentido íntimo *(manas)* y de la inteligencia *(buddhi)*, que son de una naturaleza propia, como se sabe contemplando sin cesar sus operaciones como un rey vigilante.

XVIII

Mientras los órganos de los sentidos actúan, el Espíritu no obra en los ignorantes; así parece que se mueve, como la Luna cuando corren las nubes.

XIX

Recurriendo á la fuerza viviente del Espíritu, el cuerpo, los órganos de los sentidos, el sentido íntimo y la inteligencia desempeñan sus funciones respectivas, como los hombres las suyas gracias á la luz del día.

XX

Es por falta de discernimiento por lo que se refieren al Espíritu puro, vivo é inteligente las cualidades ó los actos del cuerpo y de los órganos de los sentidos, como se atribuye el color azul y otras propiedades al firmamento.

(1) Hay cinco regiones de *koshas* ó envolturas de *Atmân* (el Espíritu), según los vedantinos, á saber: *Annamaya*, región de la nutrición; *Pranamaya*, del soplo vital; *Manomaya*, de la concepción mental; *Vidjnanamaya*, del conocimiento superior, y *Anandamaya*, del éxtasis.

El Espíritu es uno, pero se reviste de la naturaleza de tal ó cual objeto, según la envoltura ó *kosha* bajo la que se le aparece. (R. U.)

XXI

La acción y las otras facultades que pertenecen al atributo del sentido íntimo se atribuyen al Espíritu, por ignorancia, así como se refiere la agitación de las olas á la Luna reflejada en el mar.

XXII

La pasión, el deseo, el placer y el dolor residen en la inteligencia en tanto que ésta es realmente. En el estado de profundo sueño ésta deja de estar y aquéllos no son. Pertenecen, pues, á ella y no al Espíritu.

XXIII

Así como la claridad es eminentemente propia del Sol, la frescura del agua y el calor del fuego son, del mismo modo, á consecuencia de su naturaleza, esenciales del Espíritu, la vida, la inteligencia, la beatitud, la eternidad y la pureza.

XXIV

La parte viva é inteligente del Espíritu *(atmân)* y la actividad de la inteligencia *(buddhi)* son cosas distintas. Cuando se las identifica por ignorancia se llega á decir: «¡Yo conozco!»

XXV

No hay punto de cambio para el Espíritu, ni lo hay tampoco de conocimiento *(bodha)* para la Inteligencia *(buddhi)*. El alma *(djiva)* conociendo todas las cosas desmesuradamente está sujeta á la ilusión hasta decir: «¡Yo hago, yo veo!»

XXVI

Si toma para sí el alma individual *(djiva)*, como se toma una cuerda por una serpiente, el Espíritu se atemoriza, pero cuando reconoce: «Yo no soy alma *(djiva)* sino el Soberano Espíritu *(parâtmâ)*», se libra de todo temor.

XXVII

El Espíritu ante sí sólo hace aparecer los órganos de los sentidos y á su cabeza á la inteligencia, como una lámpara ilumina un vaso y otros objetos; pero el Espíritu que es él mismo *(vâtma)* no está iluminado por las cosas inertes.

XXVIII

El Espíritu, cuya condición de ser es el conocimiento, no desea el conocimiento de otro para el objeto de su propio conocimiento. Lo mismo que una lámpara brillante por su propio brillo no tiene necesidad de otra luz para verse.

XXIX

Una vez que se han puesto aparte los atributos *(upadhis)* sin excepción, diciendo: «¡Eso no es, eso no es!» se reconoce la unidad del Soberano Espíritu y del alma en virtud de las grandes palabras.

XXX

Todo lo que toca al cuerpo es como el producto de la ignorancia. El es visible, perecedero, como las burbujas de aire—en la superficie del agua—; pero en lo que no hay tales signos distintivos, reconózcase el Sér puro diciendo de él mismo: «Yo soy Brahma.»

XXXI

En cuanto me diferencio del cuerpo no experimento ni nacimiento, ni vejez, ni decrepitud, ni extensión; y desnudo de los órganos de los sentidos yo no tengo un punto de unión con los objetos, como el sonido (1).

XXXII

Privado del *manas* (2) no siento el dolor, la pasión, el odio, el temor ú otras afecciones. Yo soy—lo que es establecido por el precepto de la revelación *(sruti)*—sin soplo, sin *manas*, absolutamente puro.

XXXIII

De Brahma han nacido el soplo de la vida *(prana)*, el *manas*, todos los órganos de los sentidos, el aire, el viento, la luz, el agua, la tierra nutriz de cuanto existe.

XXXIV

Yo soy sin cualidad, sin actividad, eterno, sin volición, sin

---

(1) Se supone que habla el Espíritu. (R. U.)

(2) El lector teosofista notará que la palabra *manas* se emplea aquí en sentido muy restringido. Sobre esta distinción véase el hermoso estudio de Bertrand Keightley *La Filosofía Sankhya*. (R. U.)

mancha, sin cambio, sin forma, libre por siempre, perfectamente puro.

XXXV

Yo soy como el éter, penetro en todas las cosas por fuera y por dentro. Soy indefectible, siempre el mismo, puro, impasible, inmaculado, inmutable.

XXXVI

Aquello que es eterno, puro, libre, uno, enteramente dichoso, sin par, la verdadera vida, la verdadera ciencia, lo infinito, el Supremo Brahma. Eso soy yo.

XXXVII

La concepción: «Yo soy el mismo Brahma» incesantemente mantenida disipa las alucinaciones nacidas de la ignorancia, de la misma manera que un brebaje saludable aleja la enfermedad.

XXXVIII

Sentado en un lugar desierto, exento de pasión, dueño de sus sentidos, es como se representa el hombre á este Espíritu único, infinito, sin llevar más allá su pensamiento.

XXXIX

Considerando el universo visible como aniquilado en el Espíritu, el hombre puro de inteligencia contempla continuamente al Espíritu uno, como lo hará con el éter luminoso.

XL

Conociendo la más elevada esencia, arroja todo lo que se distingue por el nombre, la forma ú otro modo, y permanece firmemente unido con el Sér, existiendo por sí perfecto, inteligente y dichoso.

XLI

No hay en el Soberano Espíritu ninguna distinción entre el perceptor, la percepción y el objeto percibido. En su cualidad de Sér uno, inteligente y dichoso, brilla él con su propia luz.

XLII

Asi, cuando sin descanso se ha frotado con la oración sobre

el leño del Espíritu, la llama que surge consume toda la materia combustible de la ignorancia.

XLIII

Cuando las tinieblas anteriores se han disipado por el conocimiento, entonces el Espíritu se manifiesta como una aurora brillante nunciadora del Sol.

XLIV

El Espíritu, siempre accesible, viene á ser como inaccesible por consecuencia de la ignorancia, y disipada ésta brilla Él como verdaderamente accesible *(prâptavat)*, como las joyas en el cuello de una persona que las olvida.

XLV

El Espíritu de vida se atribuye por error al Sér Supremo ó á Brahma, como se atribuye la forma de un hombre, por menosprecio, á un puchero. Una vez que se ha visto la verdadera naturaleza del Espíritu, éste mismo desaparece.

XLVI

La ciencia que nace de la comprensión del Sér, teniendo de sí una existencia en realidad, destruye completamente la ignorancia que hace decir: «Yo soy» ó «Eso soy yo», como la luz del Sol disipa toda incertidumbre en las regiones del cielo.

XLVII

El yogui poseedor de un discernimiento perfecto, contempla todas las cosas como subsistentes en él, y así por el ojo de la ciencia descubre que todo es el Espíritu uno.

XLVIII

Sabe que todo este mundo movible es el Espíritu y que fuera del Espíritu no existe ninguna otra cosa. Así como observa la arcilla en los vasos de diversas especies ve él el Espíritu en todas las cosas.

XLIX

Aquel que liberado de su viviente *(djivan mukta)* conoce eso, rechaza las cualidades de los atributos anteriores, llega á ser

Brahma en razón de la naturaleza esencial del Sér existente, inteligente y pleno, como la crisálida se transforma en mariposa.

L

Después de haber atravesado el océano de la ilusión, y después de haber destruído en él los genios maléficos de la pasión, del odio y de otros vicios, el yogui brilla íntimamente recogido en la tranquilidad, acrecentando su dicha en el Espíritu.

LI

Renunciando á todo apego á una dicha exterior y mudable, lleno de la dicha del Espíritu, el sabio brilla continuamente con una claridad interna semejante á la de una lámpara guarnecida de cristales.

LII

El sabio, sometido á los atributos del cuerpo, pero á semejanza del éter no manchado por sus propiedades naturales, debe, sabiéndolo todo, comportarse como un idiota, desentenderse de todo pasando como el viento.

LIII

Desde el momento en que los atributos están destruídos el sabio entra inmediatamente en aquél que todo lo penetra *(Vhisnu)*, como el agua en el agua, el aire en el aire y el fuego en el fuego.

LIV

La posesión sobre la cual no puede desearse otra, la felicidad sobre la que no hay otra felicidad mayor, la ciencia sobre la que no hay otra ciencia más alta, sépase que es Brahma.

LV

La visión donde no hay otra visión deseable, la existencia en la que no hay renacimiento posible, el conocimiento más allá del que no puede haber otro alguno, sépase que es Brahma.

LVI

El Sér que llena todas las regiones intermedias, superiores, inferiores, viviente, inteligente, pleno, sin par, infinito, eterno y uno, sépase que es Brahma.

LVII

Lo que se designa en los libros del Vedanta bajo el modo de existencia despojada de todo lo que no es Él, lo imperecedero, el incesantemente dichoso, lo uno, sépase que es Brahma.

LVIII

Admitiendo una porción de dicha perteneciente al propio Sér incesantemente dichoso, Brahma y los demás dioses vienen á ser, en diversos grados, parcialmente dichosos.

LIX

Todas las cosas se refieren á Él, toda actividad depende de Él, porque Brahma está extendido en todo como la nata en la leche.

LX

Lo que no es ténue ni grosero, ni corto ni largo, ni viable ni perecedero, lo que no tiene forma, ni cualidades, ni color, ni número, sépase que es Brahma.

LXI

El esplendor por quien brillan los astros y el Sol, pero que no está en absoluto iluminado por sus claridades, Aquél por quien todas las cosas están iluminadas, sépase que es Brahma.

LXII

Penetrando en todas partes, iluminando el universo entero, Brahma brilla á lo lejos como un globo de hierro incandescente por la llama.

LXIII

Brahma no tiène semejanza en el mundo. No hay ninguna realidad más que Brahma. Si algo se produce fuera de Él, no es más que una vana apariencia, como el espejismo del desierto.

LXIV

Todo lo que se ve y todo lo que se oye no es diferente de Brahma; y por el conocimiento de la verdad Brahma es contemplado como el Sér existente, inteligente, dichoso, indiviso.

LXV

El ojo de la ciencia contempla al Sér viviente, inteligente y dichoso penetrador de todo; pero el ojo de la ignorancia no sabrá contemplarle, como el ciego no percibirá jamás el Sol resplandeciente.

LXVI

El alma *(djiva)* iluminada por la tradición sagrada y los demás medios de conocimiento, calentada al fuego de la ciencia, limpia de toda mancha, brilla con el mismo brillo del oro purificado por el fuego.

LXVII

El Espíritu *(atmâ)* que el Sol del conocimiento se levanta en el éter del corazón, disipa las tinieblas, penetra todo, todo lo sostiene y brilla, iluminándolo todo.

LXVIII

Aquel que emprende la peregrinación del Espíritu que es de suyo todo penetrante, sin considerar ni el estado del cielo, ni el país, ni el tiempo, disipando el frío y el calor, asegurando una perpetua dicha, exenta de toda mancha, ese llega á ser omnisciente, penetrante é inmortal.

SANKARACHARYA

LA ALQUIMIA

No es posible negar, sin embargo, que los alquimistas hayan realizado muchos descubrimientos y prestado verdaderos servicios á los hombres; pero se les puede también aplicar este apólogo del viejo que lega á sus hijos un tesoro enterrado en una viña, aparentando ignorar el sitio en que á punto cierto está; los hijos se dan buena traza en cavar la viña con sus propios brazos; el oro no aparece, pero de aquel trabajo nace una rica cosecha.

(Bacon: *Novum Organum*).

EL MISTERIO

El Misterio nos asedia, y lo que se ve y se hace diariamente es lo que recubre la mayor suma de misterio. Con la espontaneidad reproducimos analógicamente la obra de la Creación: inconsciente, la acción es simple; consciente, la acción es inteligente y moral.

(Amiel: *Diario íntimo*, 1850).

SUSCITACIONES OCULTAS

LA DIMENSIÓN DIESTRAL

Las líneas que suceden á este título me pertenecen por completo, y las firmo desde luego para alcanzar la responsabilidad que me corresponde. Se trata de una observación más ó menos profunda, justificada acaso, pero no comprobada como se exige en la ciencia oficial y académica.

Sobre las dimensiones corrientes que se aceptan para los cuerpos, ancho, largo y alto de los mismos, además de aceptar para ellos la de su existencia ó duración, cuarta dimensión de que ha hablado ya el ingeniosísimo H. G. Wells, yo observo una quinta dimensión en los cuerpos, que bien puede llamarse dimensión diestral, porque se refiere á la tendencia *casi* natural de los *cuerpos animados* á moverse y actuar hacia la derecha de sí mismos

He dicho que en los cuerpos animados, porque ciertamente los cuerpos inertes no se mueven—por ser inertes—en ninguna dirección. Sin embargo, hay cuerpos animados que, aunque no los crea animados de conciencia y voluntad la ciencia de occidente, provistos de alma ó de impulso íntimo, conscio, se mueven, sin embargo, hacia la derecha, como ocurre, por ejemplo, á los astros en casi su inmensa mayoría.

El movimiento hacia la derecha, la preferencia que damos á los órganos situados á la derecha de nuestro cuerpo, para el auxilio y satisfacción de nuestras necesidades, creo que no debe someterse á prueba alguna, porque el hecho es tan repetido y constante, que es casi axiomático y evidente. Toda nuestra acción parece ritmada hacia la derecha, y tan natural parece este movimiento entre nosotros, que reputamos como un defecto toda excepción al movimiento diestral. La palabra diestro equivale así á perito, á perfecto, y se aplica á quien ejecuta hábilmente

una cosa. El ser zurdo ó valerse de la mano izquierda para los movimientos más frecuentes, se reputa como signo de torpeza y de maldad y hasta ha sido modernamente considerado por algún criminalista de la escuela positivista italiana como signo de degeneración física y estigma de delincuencia.

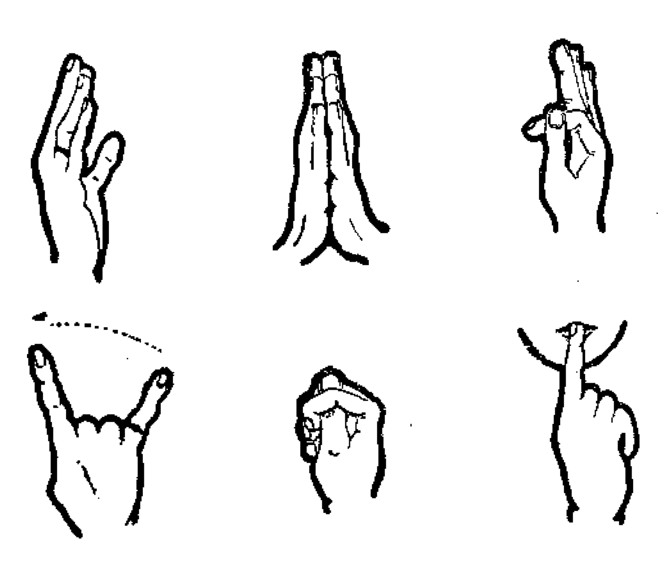
La diestralidad la hemos llevado efectivamente á muchísimos órdenes de la vida, y hemos ritmado con ella el movimiento en las calles, en los caminos la marcha de las máquinas y el puesto de los honores. La numeración de las calles, la apertura de las puertas, la hélice de los tornillos, las llaves de las fuentes, de las luces, la posición de los tinteros, de las copas, mil cosas, en fin, de nuestra vida se colocan, se ponen, se mueven, se les hace resbalar hacia la derecha.

Desde luego ha intervenido no poco en esta exaltación de la diestralidad la educación y la costumbre. Esta observación la hizo ya en el pasado siglo uno de los hombres más naturales que han existido, Benjamín Franklín, cuando escribió el famoso *Memorial de la mano izquierda*. En realidad dejamos en un lamentable y criminal abandono á este pobre miembro; pero no es menos cierto que algo análogo ocurre con el pie izquierdo, torpe para muchísimas cosas que con más facilidad ejecuta y cumple el derecho. A este propósito recordaré que hace unos años conocí á un pobre hombre que, habiendo perdido por un accidente los dos brazos, y llegado, por muchísimos esfuerzos, á poder desempeñar con los pies las funciones de sus manos perdidas, resucitó en ellos la antigua diestralidad manual de una manera casi inevitable é invencible. Este hombre, que disparaba una carabina y jugaba á los naipes con los pies, como lo hizo en otro tiempo con las manos, lo hacía tan admirablemente, que no podía disparar con el pie izquierdo, como jamás pudo cuando poseyó manos hacerlo con la izquierda. Un pintor español, muy notable, el Sr. Urrabieta Vierge, cuando se quedó manco de la mano derecha aprendió á dibujar con la mano izquierda, y puso tanta fe y tanto empeño en rehacer su vida, truncada por un momento, que logró pintar con la mano izquierda las más admirables obras que concibiera. Sin embargo, en un principio hubo de utilizar un espejo para hacerse la ilusión de que había perdido la otra mano y de que el hombre pintaba con la mano derecha.

En previsión de un accidente semejante, y para la obtención de un descanso dentro de la continuación del trabajo, el ambi-

destrismo es recomendable. Pero ese ambidestrismo que se pide es la mayor condenación de lo mismo que se exige. Porque es la supresión de la mano izquierda por la aparición de una segunda mano derecha. Las funciones de la mano de Urrabieta eran completamente diestrales. En realidad era hombre que había perdido la mano izquierda ó que se le había cambiado la derecha de brazo y que había perdido la otra. Y en el caso del Sr. Uptmann podía decirse que se le habían bajado las manos á los pies.

El verdadero interés de esta indagación está realmente en la razón de la diestralidad, en su por qué. Sobre esto yo creo sencillamente que así como la geometría, según la dirección que la han impreso Riemann, Lobatchwsky y los no euclidianos, es un caso particular de la física, la fisiología es un caso especial de la mecánica celeste. Si el círculo se le ha impuesto al hombre la figura esquemática de la Tierra, el mismo movimiento sideral nos ha impuesto la dimensión diestral á la que fijamente obedecemos por estar dentro de la gran oleada diestral que anima á nuestro planeta. Contravenir este movimiento es deshacerlo, es



provocar el mal y el dolor. Así los movimientos siniestros, los movimientos izquierdos se prescriben constantemente, por ejemplo, en el *Atharva Veda* para las acciones de mala voluntad, ni más ni menos que como se exige en la liturgia supersticiosa entre nosotros.

Es la mano izquierda la que se pide para leer el destino, y es lo izquierdo lo siniestro, lo torcido, lo que simboliza entre los inocentes y los sencillos el mal. La derecha es el bien; es el puesto de honor y el de la gloria, lo mismo de la gloria de los hombres que de la gloria de los dioses.

La mano derecha interviene en la liturgia y el ritual de la magia y exorcismo siempre que se trata de conseguir un bien ó de conjurar un peligro. De momento recuerdo seis posturas—clásicas entre nosotros—de la mano derecha, que testifican lo que digo: La mano de bendición, las manos orantes, la mano testimonial ó de juramento, la bicorne, tan usada para conjurar el peligro, la hija, que remeda la cabeza de una serpierte y la mano silente, que suplica la quietud de los ruidos.

Un mundo entero de suscitaciones diversas dejo dormido en el mayor silencio para no prolongar estas líneas demasiado. Yo creo que con las suscitaciones expuestas hay más que suficiente para provocar en el ánimo del lector las mismas ideas que experimento en este instante, y si no digo más es sencillamente porque creo que no debe decirse todo, porque es preciso que las gentes se digan algo y se saquen de sí mismas la enseñanza, tanto más aceptable y comprendida, porque entonces, si para el frívolo y el egoísta parece un descubrimiento personal, para el que realmente piensa es la revelación de un ignorado maestro que se la dice al oído.

Si he de decir una palabra más, en vez de una diré varias todavía. Para mí la diestralidad se me ofrece como una quinta dimensión de los séres humanos, como una dimensión física. Es, quizá, una dimensión superior acaso no de este plano, sino del más inmediato, de un plano superior donde el espíritu, viviendo sobre otro mundo, tiene otra física, otra mecánica y otras dimensiones, de las cuales la más grosera es ésta, que dentro de la moral y la geometría de los tres espacios, parece tan extraña y tan inasible que se nos escapa del pensamiento.

Pero esto no es todavía más que una soñación, una pequeña *rêverie*, no probada y sí soñada dulcemente, aunque pueda probarse en un tiempo no muy lejano quizá.

Rafael URBANO

SIC ITUR AD ASTRA...

I

Yo tengo un alma mística. Llorando me sorprendo
sobre las aspas pardas de una Cruz, donde un Cristo
tiende sus brazos pálidos. Muchas veces me han visto
las viejas catedrales en su recinto oyendo
sus órganos tremantes que, clamando ó gimiendo,
dicen cosas que el alma vagamente ha entrevisto
cuando ascendió á la cumbre sagrada donde Cristo
lanzó su verbo trémulo y manso que yo entiendo.
Yo tengo un alma mística. ¿Cuándo será que vea
mi alma aquella lumbre que era, en Platón, Idea
y, en Agustín, reflejo de eterna claridad?
¿Cuándo será que, libre de esta gran pesadumbre
vislumbre la perpetua y clarísima lumbre
que allá arriba fulgura, allá sobre la cumbre,
donde, en un serenísimo y celestial vislumbre,
cuájase el esplendor de la Eternidad?. . .

II

¿Cuando será que, sobre esas alas de piedra,
que de catedral gótica forma la crestería,
—donde se incrusta ahora, como el desdén, la hiedra,—
y ascienda á la celeste mansión el alma mía?
En vano es que me aturda con la filosofía.
Mi alma, como planta transplantada, no medra.
En el retiro casto ó en la ruidosa orgía
algo, afanosamente, persigue. No le arredra
la indiferencia lívida ó el desdén taciturno.
Ni el odio, enmascarado como ladrón nocturno,
turbará su imponente serenidad helénica.
Aspira á cosas grandes é ilusorias. Aspira
á unir en suave vínculo el cáliz con la lira.

Admira el eclesiástico salmo, donde suspira
el alma de los tiempos místicos cómo admira
la canción verleniana, donde llora y delira
el alma de mi época, inquieta y neurasténica.

III

A veces, cuando á estas alturas se levanta,
en alas de ese ímpetu que no encuentra vocablo
para expresarse gráficamente, se desencanta
y gime, como el ciervo herido de un venablo.
¡Oh quis me liberavit — nostálgica ella canta—
á corpore hujus mortis!, como decía Pablo.
Tal es su abatimiento y su tristeza es tanta
que me pregunto: Alma ¿cómo es que yo hablo
este lenguaje absurdo en este tono añejo,
que mi tiempo no entiende y desprecia cobarde?
¿Soy demasiado joven ó demasiado viejo?
¿He nacido muy pronto ó he nacido muy tarde?
¿Acaso un fuego sacro de nueva vida arde
en éste mi revuelto espíritu complejo?

IV

Y luego hay una aurora y hay un resurgimiento.
Y este resurgimiento tiene un amable encanto,
como tras de la lluvia el claro sol ó el llanto
sincero y refrescante del arrepentimiento.
La fúlgida esperanza mata el abatimiento.
Y dentro de mi alma se inicia como un santo,
en cosas indecibles fértil, desbordamiento,
¡que tanto me emociona y me consuela tanto!...
Alma mía, me digo, prosigue en tu locura,
en *la folie unique de la Croix*, en la pura
aspiración á un mundo de perdurable gloria.
Prosigue en tu locura, aunque de tu memoria
en este siglo frívolo, sensual, no queden rastros.
Alma mía, alma mía, así se va á los astros.

Andrés GONZÁLEZ BLANCO

UNA EXPERIENCIA DEL PLANO ASTRAL

QUÉ tiempo hacía que dormía no lo sé; pero repentinamente, con la rapidez del relámpago, pasé de la inconciencia á la conciencia más vívida y completa. Lancé una ojeada alrededor de mi habitación; todo era bastante claro á la luz de mi lámpara, amortiguada expresamente para la noche; todo aparecía como de costumbre, nada anormal, nada que pudiese ser causa de tan repentino despertar. Pero en aquel momento vibró en mi alma la voz bien conocida de aquel GURU á quien reverencio y amo sobre todas las cosas del mundo. Sólo pronunció una palabra—Ven—; pero antes que pudiera saltar de mi cama con alegre obediencia se apoderó de mí una sensación que en vano trataría describir para dar una idea verdadera de la misma. Todos los nervios de mi cuerpo parecían ponerse en tensión y á punto de estallar por una fuerza interior nunca sospechada; después de un momento de dolor intenso esta sensación se concentró en la parte superior de la cabeza, pareció como si alguna cosa estallara allí y... ¡me encontré flotando en el aire! Eché una mirada tras de mí y me vi, ó más bien vi mi cuerpo reposando en la cama y como profundamente dormido, y entonces lancéme al aire libre.

Era una noche obscura y tempestuosa, y negros y rastreros nubarrones cruzaban rápidamente el espacio; me parecía que todo el aire estaba lleno de séres vivos que se percibían confusa é indistintamente en la obscuridad; séres á modo de anillos de niebla ó de humo y, sin embargo, vivientes y poderosos; séres que parecían aproximárseme constantemente, y no obstante, retirarse ante mí. Pero yo, sin hacer caso, seguí cruzando el espacio.

No lejos de mi casa corre un pequeño río hacia el cual dirigía mi vuelo. En el punto al que me acercaba había en el centro de la corriente una isla pequeña—poco más que un banco de are-

na—que se cubría á medias cuando las aguas crecían, y en esta isla me detuve.

Súbitamente vi de pie, á mi lado, la forma de una parienta muy querida que había fallecido hacía unos seis años.

—¿Qué quiere decir esto?—pregunté asombrado.

—¡Calla!—dijo—mira,—y señaló al río, cuyas ondas casi lamían nuestros pies. Miré, y lo que percibí podía hacer temblar al más osado. A lo largo del río se aproximaba á nosotros un vasto ejército de enormes séres, tales como la imaginación más descarriada pudiera jamás concebir. Desespero de poder dar nunca ni una idea aproximada de la apariencia de esta masa colosal de horrores que hacia nosotros avanzaba; quizá pudieran sus tipos principales describirse como semejantes á las pinturas que vemos de los gigantescos monstruos de la llamada Era Antidiluviana, pero, sin embargo, mucho más espantosos. Obscura como era la noche, podía distinguir claramente la endemoniada hueste, pues tenían una especie de luz propia; una luminosidad extraña y ultra terrestre parecía emanar de cada uno de ellos.

—¿Sabes lo que son?—me preguntó mi compañera con voz atemorizada.

—Son elementales ¿no es verdad?—dije yo.

—Sí—replicó—; ¡elementales terribles de poder mortal! ¡Huyamos!

Pero aun en esta crisis de horror no olvidé mis enseñanzas teosóficas, y así contesté:

—No, no huiré nunca de un elemental; además, sería inútil.

—Ven conmigo—exclamó ella—. ¡Mejor morir mil muertes que caer en su poder!

—No huiré—repetí—; y ella entonces se elevó precipitadamente en el aire y desapareció.

Decir que no tenía un miedo cerval sería incierto, pero seguramente no tenía el valor de volver la espalda al aterrador ejército y, por otra parte, sentía que la huída de semejante poder era inútil intentarla; mi única salvación dependía de permanecer firme. Por entonces la hueste, que seguía aproximándose, estaba ya muy cerca, pero la primera fila, en lugar de lanzarse sobre mí, como esperaba, se desplegó ante mí en horrible procesión. Nunca han contemplado, seguramente, una vista semejante ojos físicos humanos; el delirio mismo no podría dar á luz ó horrores tan inexpresables como éstos. Ictiosauros,

plesiosauros, batracios prodigiosos, jibias jigantescas, arañas de mar de veinte pies de altura, cobras del tamaño de la mítica serpiente de mar, mostruos de una forma como enormes pájaros y, sin embargo, á todas luces reptiles en carácter; séres espantosos sin sangre como animáculos enormemente aumentados. Todas éstas y otras muchas más variedades sin nombre desfilaron ante mis ojos; y no obstante, entre toda la hedionda hueste no había dos iguales, al paso que ninguno era perfecto, sino que cada uno tenía alguna deformidad propia, peculiar y espantosa. Pero en medio de toda esta diversidad de forma, cada una más inconcebiblemente repugnante que la anterior, existía entre todos un parecido más horrible que todo lo demás, y pronto me hice cargo de que tal semejanza radicaba en sus *ojos*. Cualquiera que fuese la hedionda forma que revistiera cada una de aquellas odiosas monstruosidades, todos tenían por igual ojos malignos y fieros, y en todos los casos de aquellas órbitas funestas radiaba un poder de fascinación espantoso, endemoniado; una expresión de hostilidad rabiosa, incesante, hacia la raza humana. Cada una de aquellas silenciosas abominaciones al pasar lentamente ante mí fijaba sus ojos espantosos en los míos y parecían tratar de ejercer un poder formidable contra mí. Cómo mi razón permaneció firme en estas terribles condiciones, no podré saberlo nunca; yo sentía, de algún modo, la certeza de que si cedía á mis temores caería instantáneamente víctima de esta hueste de demonios, y concentré todo mi sér en la facultad única de la resistencia desesperada.

Cuánto tiempo duró la terrorífica procesión no puedo decirlo; pero el último de la repugnante legión vino por fin, un *algo* que tenía en parte la semejanza de una serpiente de tres cabezas, aunque inmensamente mayor que ningún ofidio terrestre y, sin embargo, ¡oh horror!... sus cabezas y ojos parecían de algún modo humanos, ó más bien diabólicos. Y este ALGO deforme, en lugar de pasar lentamente como los demás habían hecho, se apartó del resto, y con levantadas crestas y bocas abiertas, se adelantó hacia mí. Se aproximó más y más, sus ojos llameantes fijos en los míos, cayéndole una viscosidad ó espuma sangrienta de las abiertas y enormes fauces mientras que yo apelaba á toda la fuerza de mi voluntad en un supremo é inmenso esfuerzo. Cerré los puños y apreté los dientes, sin mover ni un músculo, á pesar de que los efluvios pestilentes de su aliento abrasador me daba de

lleno en la cara, aunque en su avance hacia mí salpicó el agua mis pies y la baba horrenda caía sobre ellos; pues yo sentía que mi vida y más que la vida pendía de mi fuerza de voluntad. Cuánto tiempo duró tan tremendo esfuerzo no lo sé; pero en el momento en que me parecía que ya no podía soportarlo más, sentí que la resistencia se debilitaba, el fuego de los endemoniados ojos tan cerca de los míos se amortiguó, y con un rugido formidable de rabia impotente el impuro monstruo cayó en el agua. Toda la tropa había desaparecido y de nuevo me vi solo en la obscura noche.

Pero antes que viniese la reacción de mis sentimientos, sonó sobre mi cabeza clara y dulcemente la bien conocida Campanilla Astral, y me sentí elevar y mover velozmente en el aire. En un momento estuve de vuelta en mi habitación, y vi mi cuerpo en la misma posición, y con una especie de choque me encontré uno con él nuevamente. Pero luego, al incorporarme en la cama, vi una hermosísima flor blanca de loto, acabada de coger y con el rocío aún en sus pétalos. Con el corazón palpitante de alegría me volví hacia la luz para examinarla mejor, cuando una corriente de aire frío llamó mi atención hacia el hecho de que mis pies estaban mojados, y al mirarlos me sentí horrorizado al ver que estaban cubiertos de salpicaduras de un líquido viscoso rojo. Inmediatamente corrí al pozo y me los lavé una y otra vez, siéndome difícil librarme de aquel flüido sucio y pegajoso; y cuando finalmente me sentí satisfecho, volví á mi habitación y me senté á admirar mi flor de loto maravillándome grandemente.

Ahora, antes de volverme á acostar, he escrito este relato de lo que me ha sucedido por temor de que mañana no pueda recordar claramente cualquier detalle, aunque á la verdad no hay temor de que tal suceda, pues están impresas en mi cerebro como con hierro candente.

Más tarde.—Este sorprendente relato no ha terminado aún. Después de escrito lo que antecede me acosté, y me encontraba tan cansado, que contra mi costumbre no me desperté sino después de salir el sol. El primer objeto que vi fué mi flor de loto en el vaso de agua en que la había colocado antes de ponerme á escribir; y luego, con la mayor claridad del día, distinguí algunas manchas rojizas hacia los pies de la cama, en la sábana sobre la que había reposado. Al levantarme determiné dar un pa-

seo hasta el río y bañarme en él, á fin de comtemplar á la luz de la mañana la escena de esta extraña aventura nocturna. Allí estaba el islote, allí estaban sus orillas bajas tal como las había visto y, sin embargo, á la luz de aquella clara mañana era difícil imaginar en tal escenario los horribles *dramatis personæ* que lo ocupaban la noche anterior. Nadé hasta la playa de arena del islote, pues me parecía que podía identificar el sitio mismo en que había estado durante aquella terrible prueba. Sí, aquí era seguramente, y... ¡poder de Dios! ¿Qué significa esto? Aquí están las *huellas de los pies* en la arena, dos huellas profundas, una al lado de la otra, hechas evidentemente por alguno que hubiese permanecido largo tiempo y firme en una misma postura; no se veían más, ninguna otra desde el agua hasta allí, ni tampoco del otro lado del islote; sólo aquellas dos huellas, las *mías* indudablemente, pues las probé y me venían exactamente. Y además, ¿qué es esto? Aquí en la arena, al lado mismo de las huellas, veo aún un rastro de aquel horrible flúido viscoso la ¡repugnante baba rojiza que caía de las fauces del dragón elemental!

He pensado en todas las hipótesis posibles y no hallo medio de evitar la conclusión de que mi experiencia fué un suceso real. Yo no anduve dormido para hacer aquellas dos huellas, porque para llegar á la isla tenía que nadar alguna distancia, y entonces, no sólo mis pies, sino todo mi cuerpo y vestidos hubieran estado mojados; y, por otra parte, tal teoría no hubiese explicado ni el flúido viscoso ni el loto. Pero, ¿y la figura de mujer que vi? Sólo puedo suponer que era también un elemental que, bien se hubiera apoderado del cascarón de mi difunta parienta, ó bien por alguna causa, hubiera asumido su apariencia.

Ahora que acabo de llegar de mi baño he hecho esta adición á mi relato, y no tengo inconveniente en permitir su publicación para contribuir al testimonio siempre creciente de la realidad del mundo invisible que nos rodea por todos lados. Aunque por regla general nuestros sentidos son demasiado torpes para percibirlo.

C.

Lo anterior es un relato de una experiencia real que se publicó en el *Theosophist*, en los mismos días en que ocurrió, en 1888. El escritor nos es bien conocido y puede confiarse en su palabra. Por otra parte, puede ser de interés para nuestros lectores que desde la fecha de la referida experiencia la persona interesada ha tenido el uso completo de los sentidos Astrales en su estado de vigilia, y puede emplearlos á voluntad.—EDITORES.

(Del *Lucifer* de Noviembre 1895.—Trad. de J. M.)

GUÍA ESPIRITUAL

POR EL DOCTOR MIGUEL DE MOLINOS. PBRO.

(CONTINUACIÓN)

CAPÍTULO VI

NO SE HA DE INQUIETAR EL ALMA POR VERSE CIRCUÍDA DE TINIEBLAS, PORQUE ÉSTAS SON EL INSTRUMENTO DE SU MAYOR FELICIDAD.

39. Hay dos maneras de tinieblas: unas infelices y felices otras. Las primeras son las que nacen del pecado, y éstas son desdichadas porque conducen al cristiano al eterno precipicio. Las segundas son las que el Señor permite en el alma para fundarla y establecerla en la virtud; y éstas son dichosas, porque la iluminan, la fortalecen y ocasionan mayor luz, y así no has de turbarte, afligirte ni desconsolarte por verte obscura y tenebrosa, juzgando que Dios te falta y también la luz que antes experimentabas; antes bien, debes entonces perseverar con constancia en la oración, porque es señal manifiesta que Dios por su misericordia quiere introducirte en la interior senda y dichoso camino del Paraíso. ¡Oh, qué dichoso serás si las abrazas con paz y resignación, como instrumentos de la perfecta quietud, de la verdadera luz y de todo tu espiritual bien!

40. Sabe, pues, que el camino de las tinieblas es de los que se aprovechan y el más perfecto, seguro y derecho, porque en ellas hace el Señor su trono: *Et posuit tenebras latibulum suum.* (Psalmo, 17.) Por ellas crece y se hace grande la luz sobrenatural que Dios infunde en el alma. En medio de ellas se engendra la sabiduría y el amor fuerte. Por ellas se consume el alma y se consumen las especies que embarazan la vista derecha de la divina verdad. Por este medio introduce Dios al alma por el interior camino en oración de quietud y perfecta contemplación, tan de pocos experimentada. Por ellas, finalmente, purifica el Señor los sentidos y sensibilidades que embarazan el camino místico.

41. Mira si te han de estimar y abrazar las tinieblas; lo que debes hacer en medio de ellas es creer estás delante del Señor y en su presencia; pero ha de ser con una atención suave y quieta. No quieras saber nada, ni busques regalos, ternuras, ni sen-

sibles devociones, ni quieras hacer otra cosa que el divino beneplácito, porque de otro modo no harás en toda tu vida otra cosa que círculos y no darás un paso en la perfección.

CAPÍTULO VII

PARA QUE EL ALMA LLEGUE Á LA SUPREMA PAZ INTERIOR, ES NECESARIO QUE DIOS LA PURGUE Á SU MODO, PORQUE NO BASTAN LOS EJERCICIOS Y MORTIFICACIONES QUE ELLA PUEDE TOMAR POR SU MANO.

42. Luego que te resolvieres con firmeza á mortificar tus exteriores sentidos para caminar al alto monte de la perfección y unión con Dios, tomará Su Majestad la mano para purgar tus malas inclinaciones, desordenados apetitos, vana complacencia y propia estima, y otros ocultos vicios que tú no conoces y reinan en lo íntimo de tu alma, é impiden la divina unión.

43. No llegarás jamás á este dichoso estado, por más que te fatigues con los ejercicios exteriores de mortificación y resignación, hasta que interiormente este Señor te purgue y ejercite á su modo, porque él lo sabe cómo se han de purgar los defectos secretos. Si tú perseveras con constancia, no sólo te purgará de los afectos y apegos de los bienes naturales y temporales, pero á su tiempo te purificará también de los sobrenaturales y sublimes, como son las comunicaciones internas, los raptos y éxtasis interiores y otras infusas gracias, donde se apoya y entretiene el alma.

44. Todo esto hará Dios en tu alma por medio de la cruz y sequedad, si tú libremente le das el consentimiento por la resignación, caminando por estos desiertos y tenebrosos caminos. Lo que tú has de hacer, será no hacer nada por sola tu elección. La correspondencia de tu libertad y lo que tú debes hacer, ha de ser únicamente callar y sufrir, resignándote con quietud en todo lo que el Señor interior y exteriormente te quiere mortificar, porque éste es el único medio para que tu alma llegue á ser capaz de las divinas influencias, mientras sufrieres la interior y exterior tribulación con humildad, quietud y paciencia, no las penitencias, ejercicios y mortificaciones que por tu mano puedes tomar.

45. Más estima el labrador las yerbas que planta en la tierra, que aquéllas que por sí solas nacieron, porque éstas no llegan jamás á sazonarse. Del mismo modo estima Dios con más caricia la virtud que siembra é infunde en el alma (mientras se halle sumergida en su nada, quieta, tranquila, retirada en su centro y sin ninguna elección), que todas las demás virtudes que pretende conquistar por su elección y propiedad.

46. Lo que importa es preparar tu corazón á manera de un blanco papel, donde pueda la divina sabiduría formar los carac-

teres á su gusto. ¡Oh, qué grande obra será para tu alma estar en la oración las horas enteras, muda, resignada y humillada, sin hacer, sin saber ni querer entender nada!

CAPÍTULO VIII

PROSIGUE LO MISMO.

47. Con nuevo esfuerzo te ejercitarás, pero de otro modo que hasta aquí, dando tu consentimiento para recibir las secretas y divinas operaciones, y para dejarte salvar y purificar de este divino Señor, que es el único medio para que quedes limpia y purgada de sus ignorancias y disoluciones; pero sabe que has de ser sumergida en un amargo mar de dolores y penas interiores y extremas, cuyo tormento te penetrará lo más íntimo del alma y del cuerpo.

48. Experimentarás el desamparo de las criaturas y aun de aquéllas de quienes más fiabas te habían de favorecer y compadecer en tus angustias. Se secarán los cauces de tus potencias sin poder hacer discurso alguno ni aun tener un buen pensamiento de Dios. El cielo te parecerá de bronce, sin recibir de él ninguna luz. Ni te consolará el pensamiento de haber llovido en tu alma en el tiempo pasado tanta luz y devoto consuelo.

49. Te perseguirán los enemigos invisibles con escrúpulos, con sugestiones lividinosas y pensamientos inmundos, con incentivos de impaciencia, soberbia, rabia, maldición y blasfemia del nombre de Dios, de sus sacramentos y santos misterios. Sentirás una gran tibieza, tedio y fastidio para las cosas de Dios, una obscuridad y tiniebla en el entendimiento, una pusilanimidad, confusión y apretura de corazón; una frialdad y flaqueza en la voluntad para resistir, que una pajita te parecerá una viga. Será tu desamparo tan grande, que te parecerá que para ti ya no hay Dios y que estás imposibilitado de tener un buen deseo, conque quedarás como entre dos paredes encerrada en continuo afán y apretura, sin tener esperanza de salir de tan tremenda opresión.

50. Pero no temas, que todo eso es necesario para purgar tu alma y darla á conocer su miseria, tocando con las manos la aniquilación de todas las pasiones y desordenados apetitos conque ella se alegraba. Finalmente, hasta que el Señor te salve y purifique á su modo con estos interiores tormentos, no arrojarás el Jonás del sentido en el mar, por más que lo procures con tus exteriores ejercicios y mortificaciones, ni tendrás luz verdadera ni darás un paso en la perfección, con que te quedarás á los principios y tu alma no llegará á la amorosa quietud y suprema paz interior.

CAPÍTULO IX

NO SE HA DE INQUIETAR EL ALMA NI HA DE VOLVER ATRÁS EN EL ESPIRITUAL CAMINO POR VERSE COMBATIDA DE TENTACIONES.

51. Es tan vil, tan soberbio y ansioso nuestro propio natural, y tan lleno de su apetito y de su propio juicio y parecer, que si la tentación no le refrenara sin remedio se perdería. Movido, pues, el Señor de compasión viendo nuestra miseria y perversa inclinación, permite que vengan varios pensamientos contra la fe, y horribles tentaciones y vehementes y penosas sugestiones de impaciencia, soberbia, gula, lujuria, rabia, maldición, desesperación y otras infinitas para que nos conozcamos y nos humillemos. Con estas horribles tentaciones humilla aquella infinita bondad nuestra soberbia, dándonos en ellas la más saludable medicina.

52. *Todas nuestras obras*—según dice Isaías (c. 64)—*son como los paños manchados* por las manchas de la vanidad, satisfacción y amor propio. Es necesario que se purifiquen con el fuego de la tribulación y tentación para que sean limpias, puras, perfectas y agradables á los divinos ojos.

53. Por eso el Señor purifica al alma que llama y quiere para sí con *la lima sorda de la tentación*. Con ella la limpia de la escoria de la soberbia avaricia, vanidad, ambición, presunción y estima propias. Con ella la humilla, la pacifica y ejercita y hace conocer su miseria. Por ella purifica y desnuda el corazón, para que todas las obras que haga sean puras y de inestimable precio.

54. Muchas almas, cuando padecen estos penosos tormentos, se turban, se afligen y se inquietan, pareciéndoles que ya en esta vida comienzan á padecer los eternos castigos; y si por desgracia llegan al confesor que no tiene experiencia, en vez de consolarlas, las deja confusas y embarazadas.

55. Es necesario creer, para no perder la paz interior, que es fineza de la divina misericordia cuando así te humilla, aflige y ejercita, pues por este medio llega tu alma á tener un profundo conocimiento de sí misma, juzgando que es la peor, la más mala y la más abominable de la tierra, con que vive humilde, baja y aborrecida de sí misma. ¡Oh, qué dichosas serían las almas si se quietasen y creyesen que todas estas tentaciones son ocasionadas del demonio y recetadas de la divina mano para su ganancia y espiritual provecho!

56. Pero dirás que no es obra del demonio cuando te molesta por medio de las criaturas, sino efecto de la culpa del prójimo y de su malicia por haberte agraviado y ultrajado. Sabrás que esa es otra inútil y solapada tentación, porque aunque Dios no quiere el pecado ajeno, quiere en ti su afecto y el trabajo que se te

origina de la ajena culpa, para ver en ti logrado el bien de la paciencia.

57. Te hace un hombre una injuria; aquí hay dos cosas: el pecado de quien la hace y la pena que tú padeces; el pecado es contra la voluntad de Dios y le desagrada, aunque lo permite; la pena es conforme á su voluntad y la quiere para tu bien, y así la has de recibir como de su mano. La pasión y muerte de Cristo S. N. efectos fueron de la malicia y pecados de Pilatos, y es cierto la quiso Dios en su Hijo para nuestro remedio.

58. Mira cómo se sirve el Señor de la culpa ajena para el bien de tu alma. ¡Oh grandeza de la divina sabiduría! ¡Quién podrá investigar el abismo de vuestros secretos y los medios extraordinarios y caminos obscuros por donde conducís al alma que la queréis purgar, transformar y deificar!

CAPÍTULO X

PROSIGUE LO MISMO

59. Para que el alma sea habitación del Rey celestial, es necesario que esté limpia, sin género de mancha; por eso el Señor como al oro, la purifica el fuego de la horrible y penosa tentación. Es *cierto que nunca ama más ni cree el alma que cuando* anda con estas tentaciones afligida y trabajada; porque aquellas dudas y recelos que la rodean, si cree ó no cree, si consiente ó no consiente, no son otra cosa que finezas del amor.

60. Bien claramente lo manifiestan los afectos que quedan en el alma, que de ordinario son un desabrimiento de si misma, con un profundísimo conocimiento de la grandeza y omnipotencia de Dios. Una gran confianza en el Señor, que la ha de librar de todos los riesgos y peligros, con mucha mayor fortaleza en la fe, creyendo y confesando ser Dios el que da las fuerzas para sufrir el tormento que ocasionan estas tentaciones, porque fuera imposible resistir naturalmente un cuarto de hora, según la fuerza y vehemencia con que algunas veces aprietan.

61. Debes, pues, conocer que tu mayor felicidad es la tentación; y así, cuando más te apretare, has de alegrarte con paz, en vez de entristecerte, y agradecer á Dios el beneficio que te hace. El remedio que has de tener en todas esas tentaciones y abominables pensamientos, es despreciarlos con una sosegada disimulación, porque no hay cosa que más lastime al demonio, como soberbio, que verse despreciado y que no se hace caso de él ni de lo que nos trae á la memoria. Y así te has de portar con él, como quien no lo oye, y has de estarte en tu paz, sin inquietarte y sin multiplicar razones y respuestas, porque no hay cosa más peligrosa como trabar razones con quien tan presto nos puede engañar.

62. Los santos, para llegar á serlo, por este penoso medio de la tentación pasaron, y cuanto más santos llegaron á ser, mayores tentaciones padecieron. Y aun después que llegaron á ser santos y perfectos, permite Dios N. S. sean tentados con vehementes tentaciones, para que sea mayor su corona y para reprimir en ellos el espíritu de la vanidad, ó por no dar lugar á que entre, trayéndolos así seguros, humillados y desvelados del estado que tienen.

63. Finalmente, has de saber que la mayor tentación es estar sin tentación; y así, debes alegrarte mucho cuando te acometiere, y resistir á ella con paz, constancia y resignación, porque si quieres servir á Dios y llegar á la alta región de la interior paz, por esta penosa senda de la tentación has de pasar, con estas pesadas armas te has de vestir, en esta cruel y abominable guerra has de batallar y por este fuego abrasador te has de pulir, renovar y purificar (1).

(Continuará.)

POR LOS LIBROS Y REVISTAS

Un libro interesante. Acaban de publicarse, en un elegante volumen de cerca de 400 páginas, los principales trabajos que fueron presentados por diferentes teosofistas al congreso anual teosófico celebrado últimamente en Amsterdam.

Esta obra, que acredita suficientemente el trabajo y el interés que se toman por tan altos principios los espíritus más elevados de diferentes países, es recomendable por sí sola dada la excepcional importancia del asunto.

El volumen se divide en cuatro partes. La primera está consagrada á la disposición y orden de trabajos que se efectuaron en el Congreso; la segunda da cuenta de las Memorias oficiales. En la tercera y cuarta se insertan interesantes trabajos entre los cuales, sin que queramos señalar preferencia alguna, porque todos, absolutamente todos los que se incluyen en el volumen son valiosísimos, citaremos los siguientes, que por su índole especial y excepcionalísima indicamos:

El Dios Futuro, por Purnendu Narayana Sinha, magnífico estudio de religión comparativa. *Algunos consejos de Santa Teresa,* por J. M. I., curiosa contribución para el estudio del mis-

---

(1) «No quiero yo que busques tal paz que carezca de tentaciones y no sienta contrariedades»; había dicho antes Kempis. (Trat. III, cap. 13.)—(R. U.)

ticismo español. *La destrucción de los filósofos,* de Algarel, versión holandesa con comentarios por D. van Hinloopen Lobberton. *La misión del Arte,* por Jean Delville, etc., etc.

Los trabajos están publicados en inglés, francés, alemán, holandés, italiano y español. En este idioma aparece notablemente corregido el interesante estudio sobre *El término ANITOS, la raiz AN y sus significados,* que remitiera nuestro amigo el director de Sophia D. Viriato Díaz Pérez.

La última obra de Anatole France. *Sur la pierre blanche,* última producción del famoso estilista francés, no ha recibido de los críticos vecinos tantos elogios como otras obras seguramente menos profundas y perfectas. Y, sin embargo, estas últimas páginas valen, á mi entender, mucho más que otras anteriores, no tanto por la pureza y elegancia de las frases, como por lo profundo de las mismas.

Aparentemente se trata de un libro insignificante de vaga y amena literatura. Se abre la cubierta y en seguida se observa que las trescientas veintitantas páginas que siguen son una ampliación de estas admirables palabras que constituyen el núcleo de la obra y que, á modo de dístico y sentencia, la encabezan: «Tú pareces haber dormido sobre la piedra blanca, en medio del país de los sueños.»—*Filopatris,* XXI.

Cinco espíritus escogidos, símbolo cada uno de las fuerzas más superiores y emancipadas de la cultura, un diplómata, un literato, un exquisito, un ingeniero y un *dernier* entusiastista se congregan bajo el Foro romano para charlar platónicamente, sin más norte en sus charlas que sus propios estudios y sus propios sentimientos.

Los personajes no disputan, como en los diálogos de Platón, ni van á defender la más antigua idea de su espíritu como en los diálogos de Leibnitz, de Schelling, de Leopardi, de Renán, como en todos los diálogos que han escrito los filósofos para exponer sus ideas. Los personajes de Anatole France hablan reposadamente sin disputar; sus palabras acuden al discurso en aquel instante como la mejor enseñanza que han obtenido hasta entonces, y sin temor á una réplica exponen sus sentidas razones.

Casi todos han dormido sobre la piedra blanca del país de los sueños, y en ese mundo, en ese *plano* superior al corriente, han adquirido una suprema tolerancia y suprema justicia.

En estas páginas hay dos relatos, dos Memorias que leen sus propios autores, y que constituyen el fondo de la obra: una de ellas, *Galión*, resurrección felicísima de la Roma de Séneca, es un estudio acabadísimo de lo que podríamos llamar el esoterismo estóico. En este sentido, la obra de Anatole France es verdaderamente magnífica, superior á todo elogio y digna de leerse repetidas veces. No se ha hecho un estudio más admirable de la filosofía de Séneca, ni una crítica más consciente del pretendido cristianismo de los estóicos cordobeses.

La segunda Memoria está consagrada al porvenir. Es el sueño del hombre nuevo, su preocupación constante. La preocupación de Tomás Moro, la de Campanella, la de Edward Bellamy, la de William Morris, la de H. G. Wells, la del mismo Anatole France, que espera un perfeccionamiento moral y económico tras las imperfecciones presentes.

Y tanto en la resurrección del pasado como en la soñación del futuro, el autor ha esparcido en esas páginas una multitud de suscitaciones que desde luego son—¿por qué no decirlo?—francamente teosóficas, aunque el autor no haya querido hacerlas intencionadamente. Intencionadamente, no sin conciencia.

Este último carácter de la obra del distinguido escritor, me hace recomendarla encarecidamente al público teosofista en la seguridad que cada uno ha de hallar en ella mil recuerdos de la enseñanza de nuestro sabio Maestro.

El mal deojo. En la *Revista Penitenciaria* viene publicándose desde hace tiempo un notable trabajo del profesor D. Rafael Salillas sobre *Las causas sociales del delito*. En este estudio, que merece la atención de todos los estudiantes ocultistas, se reproduce notablemente ampliado un discurso que hace años pronunció el autor y que en extracto publicó la *Revista de Especialidades Médicas*, sobre *La fascinacion ó el mal de ojo en España*.

El profesor Salillas acumula en su estudio todos los datos que ha podido encontrar sobre la superstición, que analiza, y hace una labor meritísima y concienzuda. Es un trabajo que honra á la ciencia española y que llamará la atención de los extranjeros, entre quienes nuestro sabio amigo es más conocido y estimado.

El trabajo de este criminalista, de este psiquiatra es francamente positivista: está hecho con arreglo á todas las condiciona-

lidades y prejuicios que impone la ciencia occidental, así es que el punto de partida de toda la indagación, es considerar á la superstición del mal de ojo como una superstición en el sentido más despreciable y molesto que puede darse á esta palabra, como un error grosero, como una mentira inconsciente aceptada por la colectividad ignorante. No ve el profesor Salillas, después de todo, en la superstición que estudia más que lo que el común de las gentes que almacenan documentos para el *fok-lore;* y, sin embargo, promueve un número tal de suscitaciones este estudio, que bien puede verse tras ese *sumum* de análisis positivista la más enérgica y poderosa negación del espíritu que lo informa, pues por encima de todo el trabajo, aparentemente demoledor y desdeñoso de la superstición, queda en pie la inexplicable persistencia y continuidad del hecho. Es más; se la ve como el resto deformado, corrompido, adulterado y falsificado de una ciencia y arte perdido, sin significación actual; como una ciencia mutilada que, aunque no ofrece la debida claridad, no deja por eso de tenerla en el fondo como todas las creencias que parecen de primera intención absurdas y estrafalarias.

Un examen más atento de las cosas nos asegura que ha presidido el mismo ideal en el artífice que talla la Venus de Milo y un salvaje que transforma en ídolo un leño.

Fuera de estos grandes reparos que se deben oponer al trabajo del Sr. Salillas, y teniéndolos también en cuenta, es una lectura recomendable, porque lejos de destruir los cimientos de la ciencia perdida y olvidada, fortifica una vez más el empeño que debemos poner en descubrir el secreto, el verdadero lenguaje, la verdadera verdad que se oculta bajo esa acción y esa fórmula, ridícula y deforme en apariencia, como el raro trazado de un jeroglífico, pero no menos sabia é interesante que la sentencia velada por esos signos.

Trabajos recomendables. En *The Theosophical Review* publica un interesante trabajo sobre *El espírita protestante,* Annie Besant, y G. R. S. Mead termina el suyo *Asclespio ó el perfecto sermón.*

En *The Theosophist,* de Madras, entre otros estudios de relevante interés, merece una mención excepcional el de Kannoo Mal sobre *La filosofía jaina examinada á la luz del hinduismo y de la ciencia moderna.*

La revista teosófica de Amsterdam *Theosophia,* inserta un trabajo sobre *La doctrina de Timeo,* suscrito por el Dr. Ch. M. van Deventer, y un estudio no menos interesante de Cristián J. Schuver, sobre *La traición de Judas.*

En el *Theosophischer Wegweiser,* de Leipzig, prosigue el trabajo sobre el *Sufismo mahometano.*

Finalmente, en el *Teosofisk Tidskrisft,* de Stockholmo, aparece un precioso y completísimo trabajo de Enrique Sjöström sobre *El determinismo,* del que haremos un extracto en uno de los números inmediatos.

ARIMI

LA MANSEDUMBRE

La mansedumbre nace de la misma fuente que la dulzura, porque nadie puede poseer la mansedumbre si no es el hombre dulce. Esta mansedumbre hace que el hombre oponga un agradable semblante, unas palabras amigas y todas las obras de misericordia á los que están iracundos, confiando en que se reportarán á sí mismos, corrigiéndose.

Gracias á la clemencia y á la mansedumbre, la caridad se torna más viva y fecunda en el hombre; porque el corazón rebosante de mansedumbre aseméjase á la lámpara llena de óleo precioso, porque el óleo de la mansedumbre ilumina con sus buenos ejemplos al pecador descarriado, y cura y alivia con palabras y obras consoladoras á los que tienen el corazón lacerado, entristecido ó colérico. Inflama é ilumina con su caridad y ningún celo y ninguna envidia puede alcanzarlos.

(RUYSBROECK: *El ornamento de las bodas espirituales.*)

Notas, Recortes y Noticias.

Las auras mentales y los rayos N.

Ramiro de Maeztu, corresponsal de *La Correspondencia de España* en Londres, entre incrédulo y asustado da noticia á sus lectores de un descubrimiento sensacional, revelado en Queen's Hall por la señora Northestk Wilson.

«¿Qué es lo que ha descubierto esta señora? Pues nada menos que el color—he dicho el color—de los pensamientos humanos.

Una noche, en la obscuridad, la señora Wilson advirtió que rayos luminosos emanaban de sus manos. Juzgándose enferma de los ojos, consultó á un oculista que le aseguró que los tenía buenos. Escribió á sir Oliver Lodge, quien le dijo que el Sr. Blondlot había obtenido iguales resultados. Ya tranquilizada, continuó sus experiencias durante dieciocho meses, y obtuvo los siguientes resultados:

Por medio de una especie de pantalla de cartulina, tratada con sulfito de calcio é irritada colocándola debajo de una luz eléctrica, los pensamientos humanos adquieren color. Basta acercar los dedos á la pantalla y el otro lado se pone luminoso con el color de nuestros pensamientos, porque esos rayos varían en forma y en color, según las distintas emociones del alma.

He aquí el significado de los colores:

Rojo intenso.—Pasión.

Rosa.—Bondad, amor cósmico.

Naranja.—Ambición.

Azul intenso.—Pensamiento reconcentrado.

Amarillo.—Amor al arte, intelectualidad.

Gris.—Ansiedad ó depresión.

Pardo.—Lujuria, codicia.

Azul celeste.—Religiosidad, devoción.

Verde claro.—Mente progresiva, individualidad.

Verde obscuro.—Enfermedad mental ó física.

La señora Wilson enseñó unas pantallas que probaban su veracidad. Y ante la evidencia incomprensible, sentimos espanto los oyentes.»

Nuestros habituales lectores verán que la novedad del descubrimiento es bien insignificante. Sobre el particular ha dicho

ya bastante nuestro vulgo, se ha escrito no poco en los Archivos de Psicología fisiológica francesa y en *Las formas creadas por el pensamiento*, de Annie Besant, se dice todo cuanto puede decirse.

Es una lástima que siempre que se trata de algo extraoficial científico se confunda la labor de los grandes indagadores que trabajan con toda la fe, con el quehacer de los titiriteros y exhibicionistas. No porque lo sea la señora Wilson, respetable por muchos conceptos, sino porque no hay tal descubrimiento por su parte.

La cosa es de otra manera. Véase cómo:

El doctor J. Stenson Hooker, prosiguiendo los estudios de Mr. Blondhot sobre los rayos N., ha sido llevado á descubrir el aura humana y ha comunicado sus estudios y experimentos en una carta dirigida á *The Lancet,* la famosa revista médica de Inglaterra. Posteriormente ha ampliado sus estudios comunicando sus resultados á un representante del *Daily Express,* manifestando que el aura personal tiene un color particular para cada persona, según el predominio de su temperamento ó del estado anímico más predominante.

Para sus trabajos ha seguido el procedimiento atribuído por el corresponsal madrileño á la señora Wilson, y las correspondencias dadas por el sabio profesor á los colores son las siguientes, traducidas á la letra:

COLORES	CARACTERES
Encarnado.....	Apasionado.
Rojo fuerte....	Bondadoso.
Naranja.......	Ambicioso.
Azul obscuro...	Pensador.
Amarillo......	Artista.
Ceniza........	Abatido.
Pardo.........	Humillado.
Azulado.......	Místico.
Verdoso.......	Emprendedor
Verduzco......	Enfermizo.

Estas expresiones son, sin embargo, aproximadas nada más, según ha manifestado el mismo Dr. Hooker, y lo notable de tal indagación es que confirma puntos ya señalados, entre otros, por Mr. Leadbeater, por ejemplo.

El problema de Shakespeare. Hace años en la revista londinense *Pall Mall Magazine*, mistres Gallup publicó un interesante artículo resucitando una antigua contienda literaria sobre la paternidad de las obras de Shakespeare.

Mientras unos autores atribuyen las obras de Shakespeare al propio Shakespeare, otros aseguran que la paternidad de ellas pertenece al famoso Lord Bacon, el autor del *Novum organum*, que dicho sea entre paréntesis, fué un buen poeta y publicó una edición de las obras del gran dramaturgo.

Fijándose en esa edición, mistres Gallup ha observado que algunas palabras están escritas en letra bastardilla sin justificación alguna, y además con dos clases de tipo.

Designando por el número 1 cada una de las letras del primer tipo, y por el número 2 las del segundo, tendremos dos grupos de números: uno de unos y otro de doses, ya sólo de unos, ó de unos y doses, pero nunca de doses únicamente.

Si en la obra impresa hallamos sucesivamente (pero no forzosamente una al lado de otra) cinco bastardillas del tipo 1, este grupo formará la letra A del alfabeto. Cuatro del tipo 1, seguidas de una del tipo 2, formarán la letra B, y así sucesivamente, aplicando una ley matemática de las permutaciones con repetición.

He aquí completo el alfabeto ingles, según este procedimiento, del cual, además, ya había hablado Bacon—sin decir que lo hubiera aplicado en la edición de las obras shakesperianas—en su obra *De dignitate et augmentis scientiarum:*

A	1 1 1 1 1	J	1 2 1 1 1	R	2 1 1 1 1
B	1 1 1 1 2	K	1 2 1 1 2	S	2 1 1 1 2
C	1 1 1 2 1	L	1 2 1 2 1	T	2 1 1 2 1
D	1 1 1 2 2	M	1 2 1 2 2	V	2 1 1 2 2
E	1 1 2 1 1	N	1 2 2 1 1	W	2 1 2 1 1
F	1 1 2 1 2	O	1 2 2 1 2	X	2 1 2 1 2
G	1 1 2 2 1	P	1 2 2 2 1	Y	2 1 2 2 1
H	1 1 2 2 2	Q	1 2 2 2 2	Z	2 1 2 2 2

Por medio de esta clave Bacon nos hace saber no sólo «que las obras firmadas por Willian Shakespeare fueron escritas por Francis Bacon, quien se vale de este medio para notificarlo á la posteridad», sino también que el gran canciller inglés era hijo de la Reina Elizabeth, nacido de su matrimonio secreto con el

conde de Leicester, de cuya unión nació también el conde de Eosex.

Todo este admirable edificio acaba, sin embargo, de tirarlo patas arriba un alemán, según cree Eduardo Engel, á cuyo asunto ha consagrado un libro reciente, *El enigma de Shakespeare (Shakespeare ratsel),* donde examinando la obra de Bacon asegura no haber hallado nada de poeta, ni una palabra que le remede á Shakespeare.

La obra del Sr. Engel no añade, sin embargo, nada á los argumentos de los antibaconianos, y la sagacidad de mistres Gallup no parece por ello menos interesante.

La Química y la Alquimia. Se han publicado hace poco nuevos detalles sobre los trabajos del ya célebre *The Industrial and Engineerin Trust (Limited),* en los que se indican que efectivamente se puede obtener oro del agua del mar con un diez por ciento de coste en el tratamiento empleado.

Sir Willian Ramsay, uno de los más eminentes hombres de ciencia de Inglaterra, ha sido consultado sobre el particular. El distinguido químico ha dicho que no duda que Mr. Snell ha probado que puede obtenerse oro en cantidad apreciable, tratando en gran escala el agua del mar. Se obtiene así, por ejemplo, un gramo de oro por tonelada. El gasto que requiere la operación es bastante caro todavía, y seguramente se pierde, aunque no es un trabajo completamente inútil, porque positivamente se obtiene un resultado.

El director de la empresa, Mr. Littlefield, por orden del sindicato, ha dispuesto la construcción de dos grandes depósitos, y se dice que tiene muchas probabilidades de obtener un resultado más práctico en lo sucesivo, con un gasto mucho menor y menos empleo de tiempo.

El ocultismo popular corriente. La mistificación que sufre el culto de los santos dentro del catolicismo actual se patentiza á cada paso, ya con la aparición de nuevas advocaciones, ya en la resurrección de una ciencia adivinatoria que se impone por encima de la uniformidad del culto.

El *Boletín Eclesiástico,* de Madrid, para combatir esta resurrección, dice en el número del pasado mes:

«Se ruega encarecidamente á las personas piadosas que no se dejen sorprender por devociones indiscretas y supersticiosas, como nos consta de algunas oraciones á San José y otros santos que circulan entre gente devota, que claramente revisten este carácter. Corren manuscritas, y se dice en ellas que es condición hacer cinco copias y repartirlas entre cinco conocidos; que debe repetirse por treinta días, y que se deben pedir tres cosas y que infaliblemente se consigue una. Estos detalles prueban claramente que se trata de una superstición.»

Pero es el caso que la divinidad del número, aunque no sea perfectamente comprendida por la mayoría de los creyentes, se impone bajo otras formas, como por ejemplo, en las *novenas* y en la misma piadosa devoción de los *siete domingos* de San José.

Una superstición, una práctica extendidísima y análoga á la que reprende el citado periódico, es la seguida por algunas personas, de pedir tres cosas cuando entran por primera vez en un templo, en la seguridad de conseguir una de ellas, siempre que no se trate de dinero ó de cosa que lo valga.

Movimiento teosófico. Nuestro particular amigo D. Hipólito Mora, de la Habana, nos participa la grata nueva de que dentro de poco se creará la sección cubana de Teosofía.

Bueno es recordar que en Cuba hay actualmente seis ramas, otra en la América Central, y que además existen varias ramas en formación.

— Ha sido creado un centro teosófico en Dundee (Inglaterra), estableciéndose en Castle Street, 15.

— Según nos comunican nuestros hermanos de Leipzig, el movimiento teosófico en Alemania, Austria-Hungría y Suiza realizado por la Sociedad, se ha señalado por la actividad de los miembros. En los cuatro últimos meses del año último el doctor Franz Hartmann dió veintidós lecturas en Berlín, Dourig, Rostock, Munich, etc. Edwin Bôhme, de Leipzig, en Viena, Graz, Salzburgo y otros puntos de Austria dió sesenta conferencias; Ernesto Kraus veinticuatro. Hermann Rudolph dos: una en Leipzig y otra en Dresde.

Felicitamos con toda el alma á nuestros activos y entusiastas hermanos alemanes.

R.

BIBLIOGRAFÍA

Revel. *L'evolution de la vie et de la concience du regne mineral aux regnes humain et surhumain.*—París, L. Bodiü, edit.—1 vol. in 12.

El distinguido escritor que firma esta obra es una persona competente y estudiosa de quien nos hemos ocupado ya con motivo de su anterior trabajo *Les Mystiques devant la science*, publicada hace dos años.

En esta obra de hoy el autor muestra que todas las tesis emitidas, tanto por la teología cristiana y la filosofía occidental; como por la psico-fisiología sobre el problema tan interesante de la vida y de la conciencia, no han llegado á ninguna solución lógica porque cada rama de los conocimientos humanos ha tratado de disociarse, ya en el sentido puramente biológico, ya en el puramente anímico, para resolver el problema que á los dos terrenos juntamente concierne.

Actualmente se ha descubierto que no sólo las manifestaciones de la vida, sino las de la misma conciencia y hasta las embrionarias del instinto se hallan en el reino mineral, último límite perceptible por ahora.

Esta es precisamente la tesis que han puesto de manifiesto los sabios y que ha servido al autor de esta obra para proseguir su admirable estudio. Y esta manera de tratar el problema de la conciencia es tanto mas original é interesante cuanto que el autor, lejos de llegar á una conclusión materialista, demuestra, por lo contrario, la necesidad de admitir la existencia del alma.

Mr. Revel ha escrito además una obra de verdadero interés, llena de amenidad y sobre todo clarísima. Es un trabajo concienzudo y sólido, está hecho directamente sobre las fuentes que se citan, alguna de las cuales, si precisamente no se exhuman ahora, nunca por lo menos se las ha presentado de un modo tan interesante como el autor lo hace. Así, los extractos tan poco conocidos de las ideas religiosas de los sansimonianos, son curiosísimos porque acreditan una aproximación muy digna de tenerse en cuenta cerca del espiritualismo. Es también muy interesante la crítica al evolucionismo materialista, por la naturaleza de los argumentos que para sostener tal crítica mantiene el autor.

L. B.

Iyotis Prâcham. *El misterio de la vida á la luz del orientalismo.*—1 vol.—Emilio de Mársico, edit. La Plata (República Argentina), 1904.

Este libro, elegantemente presentado, lleno de grabados muy sugestivos é interesantes, está consagrado á la exposición de la doctrina esotérica oriental, que el autor resume en las siguientes palabras:

«Es moral, religiosa y científica En moral tiene por condición activa la práctica incondicional del altruísmo, y su condición pasiva es la no resistencia al mal. Su religión es la solidaridad universal, es evolucionista y antirevolucionaria. Su ciencia se funda en tradiciones secretas legadas por los santuarios de la antigüedad y percepciones del plano causal por medio de la intuición; su método de investigación es el analogético y sus procedimientos expositivos se basan en la síntesis.»

U. G.

C. W. Leadbeater. *Vegetarismo y ocultismo*. Versión de J. Granés.—1 volúmen.—R. Maynadé. Barcelona (Biblioteca orientalista), 1905.

He aquí un libro que debe popularizarse y sobre el que tenemos entendido han de darse algunas conferencias públicas en Madrid.

El asunto lo merece realmente, aunque no sea más que por razones de salvación pública. Es un remedio, si no radical, por lo menos eficaz, en lo que puede serlo, para alivio de la miseria y la dolencia de algunas gentes.

El vegetarismo, la alimentación preferente por medio de substancias vegetales, aparte de muchisimas razones de un orden transcendente y elevado, es recomendable por razones sencillas y sugestivas que ha sabido exponer de una manera admirable el Sr. Leadbeater con una sencillez y encanto que cautivan.

La alimentación vegetal es recomendable por razones puramente egoístas, tan eficaces y poderosas, que perdiendo todo tinte de grosero egoísmo, se subliman por sí mismas.

El Sr. Leadbeater ha hecho en esta conferencia una obra meritoria y elevada. El estilo de ella, al alcance de todas las inteligencias, destruye una infinidad de prejuicios, y desde luego animamos á quien pretende popularizarla porque estimamos que hace un bien á la salud y á la inteligencia de todas las clases, especialmente á las más necesitadas.

La alimentación vegetal es efectivamente más nutritiva, más sana, más natural, da más fuerza, produce mejores resultados en el ánimo, es más económica y, sobre toto, es muchísimo más piadosa.

Felicitamos al Sr. Maynadé que ha tenido el buen acierto de publicar este interesante folleto, y celebramos que nuestro amigo el Sr. Urbano se haya decidido á dar una conferencia sobre el asunto en *La Universidad Popular*, esa institución reciente, creada por los jóvenes de Madrid para difundir la cultura y la moral entre las clases más necesitadas.

J. M.

C. W. Leadbeater. *Nuestra relación con los niños*. — Versión de J. Granés. 1 vol.—R. Maynadé.—Barcelona (Biblioteca orientalista), 1905.

¿Cómo debemos tratar á los niños? He ahí un problema que ha necesitado por sí solo la creación de una ciencia, en la que todos los hombres más ilustres de la humanidad han creído necesario intervenir.

Leadbeater, profesor muchos años, verdadero experimentador en el asunto, ha consagrado la mayor parte de su vida á tan discutido problema,

y ahora, á manera de conclusiones, expone el resultado de sus observaciones.

En realidad, nos hemos preocupado muy poco ó casi nada de los niños. Este abandono se ha reconocido siempre, pero nunca se ha tratado de remediarlo. Como dice muy bien el autor:

«El resultado práctico de diecinueve siglos de ostensible enseñanza cristiana, se manifiesta viviendo los niños entre nosotros á manera de extranjeros; con leyes y reglas de vida especiales completamente distintas de las nuestras, y con un código de moral especial, también por completo distinto del que á nosotros nos sirve de norma. Los niños miran á la mayor parte de las personas mayores con no disimulada hostilidad ó, cuando menos, con una especie de neutralidad armada, y siempre con profunda desconfianza; miran á estas personas como extranjeros cuyas intenciones son incomprensibles para ellos, y cuyos actos se oponen constantemente de una manera maliciosa y evidentemente injustificable, al derecho que ellos creen que les asiste de gozar y divertirse del modo que lo tienen por conveniente.»

El método de educación, seguido casi siempre por los que no tienen conciencia de la misión de la paternidad, ha sido dictado en muchas ocasiones por ese absurdo principio egoísta que dice nuestro vulgo: «Haz lo que yo te mando y no lo que yo hago.»

Y el caso es que nuestra manera de educar ha de ser ante todo una ejemplarización constante. Debe ser como el mismo Leadbeater dice, de esa manera y no de otra.

«A medida que el padre instruye á su hijo, debe al mismo tiempo dar el ejemplo de lo que enseña, y así el hijo, al paso que se mejora á sí mismo, es la causa de que las condiciones de sus padres mejoren también. Los pájaros y las mariposas en libertad, los perros y los gatos serán sus amigos, y gozará al contemplar su belleza, en vez de desear darles caza y maltratarlos ó destruirlos. Los niños de esta suerte educados se convertirán en hombres y mujeres que comprenderán el lugar que ocupan en la evolución, y la labor que en este mundo les está encomendada, y cada uno de ellos será á manera de un nuevo centro de fuerza humanitaria, que gradualmente cambiará la dirección de la influencia humana sobre todas las ciaturas que pertenecen á los reinos inferiores.

Si educamos á nuestros hijos del modo que queda dicho, si somos prudentes y circunspectos en nuestras relaciones con ellos, entonces habremos llevado noblemente á cabo la gran misión que nos incumbe, y al obrar así, habremos prestado nuestra ayuda á la gran obra de la evolución; habremos cumplido con nuestro deber, no sólo para con nuestros hijos, sino también para con la raza humana; no sólo para con sus egos, sino para los de los muchos millones que todavía están por venir.»

Esta es la conclusión del ilustre teosofista, y este es el resumen de su excelente trabajo, que recomendamos desde luego al público.

J. M.

Artes Gráficas. J. Palacios, Arenal, 27.